

ACERCA DE LA NATURALEZA DE LA NATURALEZA HUMANA (DESDE LA PERSPECTIVA, UN TANTO CÍNICA, DE UN PSICÓLOGO)

Andrés Miñarro

Hay una cuestión básica acerca de la naturaleza humana que nos interesa a todos los humanos y que ha interesado, también, a nuestros antepasados por lo menos desde que existe el registro de los avatares de nuestra especie que denominamos Historia. Todos queremos saber qué es lo que nos distingue, esencialmente, de los otros animales.

Nadie puede negar, desde luego, que los humanos nos diferenciamos de otros animales, por lo menos en grado, en una diversidad de aspectos. La mayoría de nosotros, por ejemplo, somos más inteligentes que los simios. Pero la inteligencia no es una cualidad exclusivamente humana. Queremos saber, necesitamos saber, qué cosa hay en nosotros que podamos señalar y decir: *Esto es cierto para nosotros y para ninguna otra criatura sobre la faz de la Tierra; esto es lo que nos distingue de las bestias de los campos, de los peces de los mares y de los seres reptantes de los desiertos.*

El hombre ha propuesto una serie de posibles respuestas a esa interrogante durante, por lo menos, los últimos dos milenios y medio. Los griegos de la Héléade clásica nos definían como el animal razonante (aunque no necesariamente razonable). Y esto parecía tener cierta lógica, pues, después de todo, fueron los griegos, y no una tribu de orangutanes, los que inventaron la Lógica. La racionalidad, como sello distintivo, fue aceptada durante mucho tiempo y parecía satisfacer a la mayoría de los hombres hasta que, hace algo más de cien años, aparecieron los psicólogos científicos y empezaron a estudiar el asunto de manera sistemática, como suele ser la desagradable costumbre de los científicos. Muy pronto descubrieron que los animales pueden hacer muchas de las mismas cosas

que consideramos evidencia del razonamiento cuando las hacemos los humanos. Así, por ejemplo, los chimpancés pueden solucionar problemas y resolver rompecabezas por su propia cuenta y parecen hacerlo siguiendo los mismos procesos mentales o cognitivos que utilizamos los humanos; y, como nosotros, lo hacen por la sola recompensa que implica la satisfacción de haberlo hecho. Parece cierto que los humanos o, si se quiere, la mayoría de los humanos, razonamos mejor y más frecuentemente que otras criaturas, pero no se trata de un sello único y distintivo.

Todavía hay muchos humanos, sobre todo en el campo de la metafísica, que niegan *a priori* que ellos no sean los únicos animales inteligentes. Puestos ante la evidencia fáctica de otros animales que se comportan inteligentemente, o sea, que deducen conclusiones a partir de experiencias previas y se comportan de acuerdo a tales deducciones, resuelven problemas nuevos en base a la aplicación de *reglas* inferidas por ellos mismos, etc... Esos humanos simplemente alegan: *Si, todo eso se ha constatado científicamente; sin embargo, se trata de animales, por tanto ¡no son inteligentes ni razonan!* Desde luego, esa no es la forma en que se debe utilizar el método científico para negar lo incontrovertible por ser evidencia experimental. Es la misma actitud *apriorística* que hallamos en esos mismos creyentes en la superioridad del hombre cuando se habla de Inteligencia Artificial. Sin darse a sí mismo tiempo para reflexionar, exclamarán: *¡Las máquinas no pueden pensar! No son seres vivos; por lo tanto, no creemos en la Inteligencia Artificial* Al tocar el tema de la inteligencia artificial parecen hasta casi a punto de aliarse con los monos, pero nunca con las máquinas. No caen en cuenta (la pasión no les da tiempo para ello) que en el término Inteligencia Artificial el énfasis cae sobre el adjetivo y no sobre el sustantivo. Generalmente, llamamos a algo "artificial" después de compararlo con algo que creemos es "real", por ejemplo, hablamos de seda "artificial" para referirnos a un tejido que luce, a la vista y al tacto, como la seda, pero que sus fibras provienen del laboratorio químico y no del capullo del gusano de seda. Así, al hablar (experimentar, elaborar, desarrollar, etc...) de inteligencia "artificial" nos movemos, en términos platónicos, desde lo real hacia la copia. Si no por otra cosa, debiéramos estar profundamente agradecidos a los experimentadores en Inteligencia Artificial por obligarnos a reflexionar acerca de qué cosa es la inteligencia, "la de verdad", la propia de los ¿humanos, o animales todos?.

Cuando, hace muchos más años de los que quisiera recordar, iniciaba mis estudios de Psicología, tuve que estudiar las definiciones clásicas de inteligencia, así como las “generalmente aceptadas” por la Ciencia. Entonces creí tener dominada la materia y estar, como se dice, al cabo de la calle. Hoy, después de ejercer la Psicología por varios lustros y de haber tenido que enseñar los rudimentos de esta disciplina a varias generaciones de psicólogos, no tengo una idea clara de qué será eso que llamamos inteligencia; es más estoy razonablemente seguro de que no existe tal cosa como una “facultad” intelectual. Dudo mucho, además, de que ni los monistas en el campo de la Filosofía ni los dualistas mente/cerebro del campo de las ciencias biológicas “duras”, tengan una idea mucho más precisa que yo. Y me pregunto: ¿si no podemos describir la cosa real, la verdadera, cómo vamos a poder reconocer, ni negar, la copia “artificial”?

Si solamente tenemos, en el mejor de los casos, definiciones operacionales de eso que llamamos inteligencia —es decir, una serie de características que debe exhibir una conducta para que *convengamos en llamarla* “inteligente”— es un tanto arrogante etiquetar a otras clases de inteligencia operacional como “artificial” o como “animal” y, por ende, no “auténtica”.

Hasta aquí pues, llegan los intentos, mayormente infructuosos, de achacar al razonamiento y a la inteligencia la clave de lo esencial y diferencialmente humano. Algunos pensadores, siguiendo con la búsqueda de ese elusivo elemento, desviaron el foco de su atención desde la racionalidad a la creatividad. Sin embargo, a algunos graciosos se les ocurrió, allá por los años cincuenta, poner a disposición de unos monos papeles y pinturas y obtuvieron, por actividad espontánea de los “artistas”, una serie de garabatos coloreados que bastantes críticos de arte ¡alabaron por su creatividad!. Cierto es que podríamos colocar un lienzo en blanco y unos cuantos tubos de pintura en el canal rápido de la Autopista del Este y obtener algo que merecería elogios de algún crítico de arte (¿será por eso que los críticos de arte se muestran tan reacios a hacer críticas “a ciegas”?); ese experimento no sería una prueba del “poder creativo” de los automóviles; del mismo modo, los garabatos (¿artísticos?) de los monos en referencia no parecen amenazar al papel de la creatividad como la esencia definitoria de lo humano. Sin embargo, unos psicólogos (esos eternos aguafiestas) en la década de los sesenta, descubrieron que podían adiestrar a los delfines, no sólo a ejecutar trucos circenses sino a

inventar, o crear, nuevos trucos por su cuenta. Al principio del entrenamiento, recompensaban, con comida, a los delfines cuando éstos ejecutaban el acto acrobático requerido; después, recompensaban a los animales sólo cuando ejecutaban algo novedoso para lo que no se les había entrenado. Pronto tuvieron una pareja de delfines que, improvisando saltos, cabriolas y acrobacias acuáticas que nadie les había enseñado, se habrían pasado en el humano mundo de la actividad creativa. De paso, en el proceso, hicieron añicos la idea de que la creatividad fuese propiedad privativa del género humano. Anotemos, un poco al margen y para el estudioso de la psicología, que el procedimiento de entrenamiento utilizado en esta experiencia es muy similar al que se da en la generación y mantenimiento de las conductas supersticiosas.

Durante mucho tiempo, muchos cifraban sus esperanzas en que la característica distintivamente humana probaría ser nuestra ingeniosidad y habilidad para construir herramientas. Si bien es cierto que muchos otros animales utilizan herramientas (por ejemplo, el buitre africano emplea piedras para cascar los huevos de avestruz), sólo los humanos las construimos... ¿O no?. Desafortunadamente para esta idea, la famosa etóloga Jane Goodall observó y registró en película cómo un chimpancé salvaje se hacía de una ramita, la despojaba de hojas, la acortaba al tamaño deseado y la utilizaba a renglón seguido, como escarbador de un hormiguero para hacerse de una suculenta merienda de hormigas. Si bien podemos no estar de acuerdo con las inclinaciones gastronómicas del mono en cuestión, no cabe duda de que el animal había modificado un objeto natural con el fin de realizar una tarea específica. Y eso es construir una herramienta.

Muchos científicos, especialmente los lingüistas, han creído por mucho tiempo que lo que constituía nuestra corona de gloria y segura confirmación de nuestro privilegio como seres únicos, era el don del lenguaje. Es cierto que los loros pueden hablar, pero no es menos cierto que no utilizan el lenguaje como lo hacemos los humanos cuando creamos combinaciones originales de palabras para expresar una idea. Esa posición teórica se fortaleció y el lenguaje pareció, en efecto, convertirse en la muralla infranqueable para el resto de los animales cuando los psicólogos fracasaron estrepitosamente, hace unos treinta años, en sus intentos por enseñar a hablar a un chimpancé. El monito en cuestión fue criado y educado, por años, en un típico hogar de clase media, objeto de las atenciones de padres y hermanos adoptivos dedicados...y humanos;

después de siete años de ese tratamiento, lo más que podía hacer el monito era emitir unos pocos gruñidos que algunas personas (¿los padres adoptivos, quizás?) opinaban que sonaban, vagamente, como palabras monosílabas. Pero, unos diez años más tarde, otro par de psicólogos empezaron a enseñar a un chimpancé hembra, cuyo nombre Washoe se hizo pronto famoso, a utilizar el lenguaje de señas de los sordos. Washoe no sólo llegó a entender cientos de esas señas, sino que, además, las utilizaba de manera original para poder expresar nuevas ideas. Desde entonces, otros psicólogos han enseñado el lenguaje de señas a varias docenas de chimpancés, a un gorila y a un orangután. Tal parece que, si bien los grandes simios carecen del equipo biológico básico (aparato fonador específico) que les permitía emitir los sonidos de nuestro lenguaje, no carecen de las funciones cerebrales que les permiten utilizar el lenguaje. Algunos expertos todavía se preguntan si los monos saben de qué hablan cuando "hablan", sin embargo, el caso en favor del lenguaje, como característica distintiva del género humano, parece haber quedado hecho polvo.

Después de tantos fracasos, frustraciones e, incluso, humillaciones, se pensó que quizás los mismos se debieran a haber estado buscando lo distintivamente humano en un plano demasiado elevado. En efecto, se decía, hemos fracasado porque hemos centrado nuestra búsqueda en lo, presuntamente, más sublime del ser humano; quizás hubiese sido más indicado centrar nuestra atención en las cárceles y manicomios antes que en la Filosofía y las Bellas Artes. Obsérvese, decían algunos cínicos, que el hombre es el único animal que viola y asesina a los miembros de su propia especie y que hace la guerra. Sin embargo, si bien puede ser cierto que los humanos violamos, asesinamos y guerreamos más diligentemente y con mayor eficiencia que cualquier otra especie, esos actos no son, tampoco exclusivamente humanos. Se ha observado, y documentado, cómo chimpancés machos imponían sus "atenciones gonádicas" sobre hembras no dispuestas. Hay amplia documentación de simios que atacan y matan a miembros de su propio clan, a veces por razones triviales o, como diríamos en términos humanos, "por deporte".

Goodall, la conductista animal mencionada anteriormente, observó incluso batallas organizadas entre manadas de chimpancés que, con toda justicia, cabría calificar de guerras. Parece que la agresividad, sin fines más allá del sadismo, de los simpáticos chimpancés es sólo igualada por el hombre. Así, hasta ahí llegó la teoría del *Homo sapiens v. violentus* como explicación de lo distintivamente humano.

Los continuos fracasos en nuestra búsqueda de algún rasgo que claramente nos distinga de las otras bestias, no han disminuido nuestra determinación y persistencia en aislar, hallar, ese tal rasgo aunque, últimamente, hemos dirigido nuestra atención hacia características que podríamos llamar más triviales, menos sustanciales. Así, por ejemplo, leemos que el hombre es el único animal que ríe, que se sonroja, que inventa y practica juegos de azar. Sin embargo, lo que me parece, personalmente, más fascinante, no es el hecho de si se llegará a identificar o no una característica esencialmente humana, sino el hecho de que persistamos en su búsqueda. Parecemos estar decididos a hallar alguna cualidad, por nimia que sea, de la que podamos decir: *Esto es lo que nos separa de los animales. Esto es lo que prueba que, de alguna manera, no somos realmente animales.*

Creo que los árboles no nos han permitido ver el bosque. La respuesta que hemos estado buscando por siglos, por obvia, nos ha pasado desapercibida. En efecto, creo que la respuesta a la pregunta *¿qué es lo que nos distingue de los demás animales?* está en la pregunta misma. Somos, hasta donde sabemos, la única criatura sobre la faz de la Tierra que trata de demostrar que es diferente y, preferiblemente, superior a cualquier otra especie. No se sabe de ningún simio que haya utilizado sus recién adquiridas habilidades lingüísticas para preguntar: *¿en qué me diferencio yo de todas las otras criaturas?* Ningún delfín, por lo que sabemos, ha interrumpido nunca sus acrobacias acuáticas para considerar si acaso será la suya la única especie que respira a través de un orificio en su testa. Sólo nosotros, los humanos, nos hacemos tales preguntas y estamos vitalmente interesados en las eventuales respuestas. En fin, el hombre es el único animal que *se pone a sí mismo como objeto de sus propias reflexiones*, empujado por un orgullo de tamaño cósmico. Es cierto que, como cualidad única, la que propongo deja bastante que desear (no es pirotécnica, si se quiere) pero cuando uno se pone a buscar características únicas de la especie humana no se puede ser demasiado exigente, ¡vamos, digo yo!